

MANDATOS Y VOLUNTADES: ASPECTOS DE LA MILITANCIA DE MUJERES EN LA GUERRILLA

Laura Pasquali*

Resumen

Esta investigación se inscribe en el debate historiográfico dentro de las perspectivas que sostienen que el crecimiento de la izquierda (armada o no) fue producto de una sociedad convulsionada, que esas expresiones políticas se han desarrollado en estrecha relación con la sociedad de que eran emergentes, y por lo tanto también son testigo del modo en que se configuraron las relaciones de género y cómo ellas impactaron (o no) en las líneas políticas de los partidos; de este modo se abre también a la incorporación de las dimensiones subjetivas de la militancia, cuando se interroga por el modo en que se construyó en ese momento la idea e imagen acerca de como debía ser un militante.

Sabemos que, en términos generales, los relatos sobre la participación de mujeres en la política han sido silenciados. El problema que nos ocupa aquí no escapa a esa "norma", sino que pareciera profundizarla. Nos referimos a las organizaciones armadas, específicamente aquellas que gravitaron en la realidad política y social argentina desde fines de los años sesenta hasta el golpe de Estado de 1976. Para acercarnos a ello, la historia oral es una de las metodologías cualitativas privilegiadas al momento de referirnos a la militancia femenina. Frente a una historia de la militancia política que tradicionalmente privilegió la historia oficial o "total" de las organizaciones, la apelación a las fuentes orales nos abre puertas hacia la dimensión cotidiana, subjetiva y afectiva de la actividad política.

Palabras preliminares

El estudio de fenómenos sociales fuertemente anclados en los procesos recientes que ha atravesado la historia argentina y latinoamericana de los últimos 30 años nos sigue desafiando con la multiplicación de temas, problemas y enfoques que admite. En este caso, posamos nuestra mirada sobre la conformación de las relaciones de género como aquellas que también configuran las dimensiones de la militancia política.

* Historiadora. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. *Área de investigación*: Historia argentina contemporánea; específicamente sobre los vínculos desarrollados entre las izquierdas y los diversos sectores sociales. En su tesis de doctorado investigó sobre de las organizaciones armadas marxistas en la región del Gran Rosario, ahondando en las relaciones de género en su interior. Lmpasquali@ciudad.com.ar

En términos generales, existe un consenso según el cual la presencia de mujeres en las organizaciones armadas (marxistas o no) se hizo más visible a partir de 1971 o 1972. En realidad en ese momento, y más aun desde 1973, todo el arco de la militancia política se intensificó. El caso de la región de Rosario presenta particularidades, que a veces coincide con la tendencia nacional y en otros no. Por ejemplo, la región tiene una historia de activismo político que no comenzó en los años sesenta, sino que debe rastrearse mucho más atrás; y esas experiencias se han transmitido entre militantes de distintas generaciones. Además de esto, en los primeros grupos que formaron las organizaciones armadas en Rosario había un porcentaje significativo de mujeres; en ese momento, la mayoría pertenecían a sectores medios (más tarde se incorporan asalariadas). Militaban en ámbitos universitarios, pero también obreros: de hecho en esa región el PRT-ERP tuvo mujeres activando en fábricas desde sus inicios, en 1965 hasta entrada la dictadura.

¿Por qué en Rosario? Porque allí se conjugaban varios elementos significativos: el desarrollo industrial y obrero de la región, la conformación de la población (producto de migraciones internas motivadas por inquietudes laborales, educativas o culturales), los desarrollos políticos precedentes, la transmisión de experiencias intergeneracionales y la impronta de la militancia de las mujeres.

Esta investigación se inscribe en el debate historiográfico dentro de las perspectivas que sostienen que el crecimiento de la izquierda (armada o no) fue producto de una sociedad convulsionada, que esas expresiones políticas se han desarrollado en estrecha relación con la sociedad de que eran emergentes, y por lo tanto también son testigo del modo en que se configuraron las relaciones de género y cómo ellas impactaron (o no) en las líneas políticas de los partidos; de este modo se abre también a la incorporación de las dimensiones subjetivas de la militancia, cuando se interroga por el modo en que se construyó en ese momento la idea e imagen acerca de como debía ser un militante.

Desde su relativa aceptación en el ámbito historiográfico, la historia de las mujeres ha hecho uso de todos los métodos y enfoques de que disponen los historiadores; de hecho, según algunas líneas de trabajo, la originalidad de la historia de las mujeres y el género no residiría tanto en un método único, como en las preguntas que se plantea y en las relaciones de conjunto que establece (al igual que al resto de la historia, ni las preguntas ni las relaciones de conjunto son neutrales, y las elecciones dependen de elecciones previas, políticas o teóricas). Aunque coincidimos en parte con estas reflexiones (Bock, 1991), consideramos pertinente la inclusión de perspectivas que devienen de las epistemologías feministas.

De este modo, las relaciones de género son consideradas aquí relaciones sociales; cuando mencionamos “género” como categoría, nos referimos a una herramienta analítica, y que si acordamos que tiene utilidad para el análisis histórico (Scott, 1990) debemos considerarla en la especificidad del contexto de análisis. Y en tanto categoría relacional, la historia del género es una historia de relaciones sociales: por principio se constituye en objeto de la historia social, al mismo tiempo que incluir a las mujeres a la reflexión histórica, desde el género, conduce a una comprensión mejor de procesos y fenómenos sociales: los mecanismos de funcionamiento del mercado de trabajo, la organización de los procesos de producción, la política sindical o la política partidaria, las construcciones de la idea de familia (Garrido, 2003).

Ahora bien, aquí no se trata de extraer reflexiones sobre la participación de mujeres en las organizaciones armadas recurriendo *exclusivamente* a esta categoría puesto que además del género intervienen otras variables¹. Sobre este punto asumimos que el género debe considerarse como una de las múltiples facetas que modelan la experiencia humana. Género, clase, etnia, son tipos abstractos que nos facilitan la tipificación y el análisis, pero no existen en forma aislada, sino que conviven como una de las tantas identidades que definen a las mujeres y a los varones. Nuestra intención es dar cuenta de esa *convivencia* pretendiendo que esa variable atraviese todos los problemas que se propone abordar este escrito.

Los aportes de las epistemologías feministas

Asumimos el reto de ingresar a los problemas que presenta el trabajo con fuentes orales en ciencias sociales desde las perspectivas que ponen en cuestión los supuestos básicos de la epistemología tradicional, en tanto advierten que una teoría general del conocimiento no puede ignorar el contexto social del sujeto cognoscente, ya sea su contexto histórico particular, como sus intereses y emociones.

Quienes trabajamos en historia social y con fuentes orales e historia oral, o bien quienes dedicamos nuestros esfuerzos en hacer *historia desde abajo*, estamos habituados a los embates desde pretendidos espacios de “cientificidad probada”. Quizá por eso, esta vez nos atrevemos a avanzar hacia el enriquecimiento de nuestras herramientas de trabajo, y dirijamos nuestros esfuerzos en una cruzada que implique *incluir los sentimientos*. Especialmente iluminador sobre esto son las tesis de Jo Stanley (2002) quien propone incluir los sentimientos y las emociones en las biografías

¹ Si bien en los estudios más tradicionales, la estratificación social está determinada por las clases, se ha extendido el debate en torno a las posibles articulaciones entre género y clase; desde hace algunos años contamos con una profusa producción sobre el tema: Young, 1992; Delphy, 1985; Hartmann, 1985; Scott, 1988; Butler y Scott, 1992.

de los militantes y activistas del movimiento obrero de Inglaterra (especialmente del Partido Comunista). Describe su objetivo como el de asegurarse que se incluyan los aspectos personales de una biografía política más de cuanto se han incluido hasta ahora.

Unos años antes que Stanley, ya las investigaciones históricas que se dedicaron a la experiencia del exilio en militantes de Brasil (da Rocha Lima, 1993) arrojaron como resultado que las mujeres hacían relatos de sus experiencias personales, pero “lo personal” se limitaba a la esfera de la vida política, y una de las conclusiones del equipo de trabajo fue que, para que emergieran las experiencias de género, debían acercarse a ellas *en tanto* mujeres.

Aquí consideramos que es posible articular estas tesis con una mención a ciertos planteos de la epistemología feminista, que a su vez aportan a la reflexión sobre las dimensiones que adquiere el rol del sujeto cognoscente cuando investigamos en historia oral. Las epistemologías feministas son un variado conjunto de posiciones que comparten una preocupación y cuestionamiento sobre los supuestos básicos de la epistemología tradicional, uno de los más significativos es que la teoría de la ciencia no puede dejar de lado el contexto del sujeto que conoce.

Evelyn Fox Keller (1985) se ha preguntado sobre por qué la comunidad científica privilegia algunas explicaciones sobre otras, señalando que el ideal tradicional de la objetividad científica entiende como principio la separación entre el sujeto y el objeto de estudio. Ante eso, propone la conceptualización alternativa de la *autonomía*, la *autonomía dinámica*, que proporciona la subestructura emocional para una concepción alternativa de la *objetividad*: la *objetividad dinámica*. El individuo que conoce *no busca el poder sobre los fenómenos*, sino que reconoce los modos en los que el conocedor y fenómeno se relacionan, así como los modos en que los fenómenos mismos son interdependientes.

Esto nos señala dos senderos: por una parte conduce a revisar la relación entre objeto de conocimiento y sujeto cognoscente; pero en un plano más particular, permite rescatar nuevamente las sugerencias de Stanley quien también rompe las barreras entre sujeto y objeto, por una parte por la particular relación que establece con los testimoniantes, y por el énfasis en las historias y sus emociones.

Replantear las relaciones entre sujeto y objeto del conocimiento, además de llamar nuestra atención sobre el modo de pensar el objeto, nos debería advertir acerca del lugar desde el cual conoce el sujeto. Sobre esto, nos interesa introducir un planteo, sobre el *punto de vista feminista*. Esta propuesta, indica que mientras la posición dominante de los varones en la ciencia se refleja en saberes parciales, los de las mujeres (en tanto dominadas) son más amplios. “El feminismo y el movimiento de la

mujer aportan la teoría y la motivación para la investigación y la lucha política que puedan transformar la perspectiva de las mujeres en un "punto de vista" -un fundamento, moral y científicamente preferible, para nuestras interpretaciones y explicaciones de la naturaleza y la vida social-." (Harding, 1995). Aquí, la objetividad no viene de la mano de la neutralidad valorativa; sí en cambio podemos acercarnos a ella con teorías comprometidas con valores y proyectos antiautoritarios, antielitistas y emancipadores.

Aunque no hay una posición desde la cual pueda desarrollarse un conocimiento absolutamente libre de valores, algunas posiciones son potencialmente más amplias que otras. Plantea Helen Longino (1998), que esta teoría valoriza las perspectivas accesibles a aquellas personas que están socialmente en desventaja, por ello, el sujeto cognoscente "ideal" no es uno incondicionado, sino *condicionado por las experiencias sociales de opresión*. Los desposeídos serían los que tienen legitimidad epistémica (aunque carezcan de poder). Para Longino, una de las dificultades de este abordaje es que cuando se trata del punto de vista de las mujeres, estas ocupan muchos lugares sociales en una sociedad estratificada racial y económicamente, ¿cuál sería entonces el lugar epistemológicamente privilegiado?.

Mujeres y varones militantes

El proceso de ascenso de la conflictividad política y social desde fines de los años sesenta del siglo XX cambió el mapa de la militancia de la región de Rosario, en virtud del crecimiento de la participación de mujeres en las filas de la guerrilla. En realidad, ya desde 1966, se vio incrementado el número de militantes de todas las organizaciones políticas de izquierda, por lo tanto, un porcentaje mayor de mujeres ingresaron al activismo político. El estudio en profundidad del caso del PRT-ERP nos permite considerar que esto habría apremiado a las organizaciones armadas a pensar en distintas estrategias ante las presiones de la nueva militancia femenina. Es evidente que tal supuesto no puede generalizarse a todos los grupos, aunque el hecho de que se compruebe en la organización con más desarrollo en la región de Rosario, apoya esta hipótesis.

Tratar el tema de la participación de las mujeres en las organizaciones armadas en la Argentina de los años setenta nos desafía también porque debemos trabajar sobre realidades doblemente silenciadas porque se trata de partidos de cuadros y con frentes clandestinos, por la existencia de límites a la consulta de cierta documentación, la dificultad para reconstruir los nombres de sus miembros y la dureza de la represión

estatal; en el caso de las mujeres a esto se suma el escaso registro de su participación. Por ello tratamos de advertir sobre el tipo de intervención de las mujeres en la vida de la política revolucionaria de los años '70. En realidad, es conocido que no han participado en igualdad numérica en los cuadros de dirección de ninguna organización (armada o no, revolucionaria o no), y si ya es bien difícil reconstruir la vida de los militantes varones de la década de 1970, en el caso de las mujeres la dificultad es mayor.

Si bien en la década del sesenta la participación de mujeres en estas organizaciones fue de un bajo porcentaje y estuvo más vinculada al ámbito estudiantil, en la década siguiente y sobre todo desde 1973, se visualizó un aumento notable en su participación política. Aunque, por ejemplo, sólo dos mujeres fueron incorporadas al Comité Central del PRT-ERP: las dos eran esposas de destacados cuadros del partido (Pozzi, 2001). Igualmente, no queremos centrar este problema en la dirigencia, cuando justamente no es esa dimensión la que relevamos aquí. Sólo tomamos lo anterior como un ejemplo del espacio otorgado a las mujeres en las instancias de decisión más relevantes. Sin embargo, algo de todo esto debe ser puesto en cuestión si consideramos los testimonios recogidos.

Es justo insistir en que no dejamos de tener presente que estas organizaciones, en tanto emergentes de un contexto particular y concreto, participaban de los mismos prejuicios que el resto de la sociedad; sin embargo, tampoco nos interesa asumir esta característica y cerrar el problema eludiendo la multiplicidad de preguntas que el tema genera; es decir si entre los y las militantes surgieron elaboraciones más profundas que proyectasen, por ejemplo, las responsabilidades de cada uno en el desarrollo del partido, cuál era el concepto dominante de familia, cómo aportarían varones y mujeres a los frentes legales y militares, y por qué no reflexionar acerca de la propia práctica militar como una actividad en la que se valora y pone en juego los más tradicionales "atributos" masculinos; y llegar a imaginar qué rol le cabría a varones y mujeres en el futuro socialista que se estaba construyendo.

Testimonios de mujeres y varones de organizaciones armadas

Merece que nos detengamos en el género como una de las facetas que emergen de la mayoría de los testimonios orales. Cuando narramos historias de vida lo hacemos desde la perspectiva de nuestro género. Narrar desde el propio género también aporta a los relatos orales una suposición socializada de cómo deberíamos comportarnos. Por ejemplo, muchas mujeres se sorprenden ante la pregunta de si no estaban resentidas por no ocupar cargos directivos o no tener responsabilidades mayores y responden que

las organizaciones se construían y crecían con la actividad militante, y ese no era un rol menor². Suelen ser comunes las descripciones acerca de cómo se hacían caso omiso a los problemas de salud para estar en las reuniones o vender periódicos; la idea es que al cuerpo *había que templarlo* (Stanley, 2002). Este hecho de no tener en cuenta la totalidad del ser corporizado se refleja especialmente en los relatos de varones.

Esto nos guía a profundizar en el modo en que ciertos temas y problemas se manifiestan en forma disímil en los relatos de mujeres y varones, pero también a revisar algunos interrogantes que se presentan ante los testimonios de mujeres.

“Las mujeres, al igual que todos aquellos que nunca han sido reconocidos por la historiografía, no están acostumbrados a que se cuente su historia” (da Rocha Lima, 1993: 227). Los relatos sobre la participación de mujeres en la política, y más especialmente en las organizaciones armadas, han sido silenciados en parte porque quienes construyeron esas historias son los cuadros dirigentes, en los cuales la presencia femenina era escasa o nula. Además, muchas veces las propias mujeres minimizan su participación política, en virtud de considerar que su militancia no fue significativa. Lo primero que suelen decir estas mujeres es “en realidad, yo no militaba, militaba mi compañero”, “mi militancia no fue tan importante”. Por eso es primordial recordar que estamos hablando de militantes de base, mujeres de los distintos niveles de responsabilidad, pero sin cargos de compromiso en dirección.

Trayendo nuevamente la cita anterior, son muchos los sectores que no son tenidos en cuenta al momento de hablar de las organizaciones armadas. Cuando notamos la fuerza con que se imprimió la noción socializada de cómo debía ser un militante, se evidencia claramente que son varios los perfiles que quedan “fuera del modelo”. Aquí nos ocupamos de las mujeres porque consideramos su relevancia en la comprensión del fenómeno social de la época, puesto que uno de sus aspectos más notables fue la participación más abierta de las mujeres en la guerrilla³.

Para acercarnos a ello, vuelve a hacerse presente que la historia oral es una de las metodologías cualitativas privilegiadas al momento de referirnos a la militancia femenina. Reiteradamente nos topamos con una constante al entrevistar a las mujeres: las propias militantes restan importancia a su activismo. Por ejemplo, es sumamente revelador que después del relato del trabajo en una *villa*, y mediando el comentario acerca de que dormían tres horas por día, además de tener una vida “re activa”, se

² Por supuesto que no pensamos que la militancia de base sea algo menor, por el contrario, el interés de esta investigación se centra en la militancia de base, pero no podemos dejar de observar el rol que estaba destinado a la mayoría de las mujeres en estas expresiones políticas.

³ Indudablemente se adeudan estudios que incorporen la participación de comunidades indígenas, de extranjeros, cómo fue tratada la militancia de homosexuales, si existieron actitudes diferenciales ante los militantes menores de edad, etc.

concluya en que “no era mucha militancia”. Frente a una historia de la militancia política que tradicionalmente privilegió la historia oficial o “total” de las organizaciones, la apelación a las fuentes orales nos abre puertas hacia la dimensión cotidiana, subjetiva y afectiva de la actividad política. Es notable la cantidad de mujeres que han podido rescatar la importancia de su propia militancia en la experiencia de la entrevista, del intercambio que esta produce y que se constituye en un nuevo tipo de reflexión sobre la propia actividad (Pasquali, 2005).

Nos acercamos a este arco de temas retomando el supuesto según el cual en la conformación de las experiencias narradas en las entrevistas, confluyen tanto el género como la ubicación socioeconómica y la generación, además de los innumerables factores individuales que constituyen la personalidad de un sujeto (Cano y Radkau, 1989). El modo en que nuestras y nuestros testimoniantes viven su militancia, la pareja, la maternidad y la paternidad es también el resultado de su inserción en circunstancias y momentos históricos determinados. El género tanto como la situación económico-social, debe ser vislumbrado como constituyente central de las múltiples aristas que arman las experiencias humanas y, al hacerlo las van conformando según el momento en que ocurren. Al dirigir especialmente nuestra preocupación sobre la entrevista y el texto que produce, nos centramos en la perspectiva antes mencionada según la cual narrar desde el propio género también aporta a los relatos orales una suposición socializada de cómo deberíamos comportarnos. Si bien trabajar a partir de testimonios recabados en entrevistas nos permite desde lo formal, rescatar de los relatos los elementos del lenguaje que no están contenidos sólo por el segmento de la escritura (Portelli, 1991) nos *informan* sobre las experiencias, memorias y sentimientos de los narradores, esto se torna más significativo en el caso de las experiencias de mujeres, puesto que la aproximación a la historia de las mujeres militantes a partir de la historia oral nos acerca a una historia que recién comienza a escribirse, y como esas experiencias no pueden dissociarse de los procesos históricos, nos desafían a una construcción compleja que incorpora otras dimensiones que exceden a las tradicionalmente usadas por los historiadores.

Reproducimos aquí dos fragmentos de entrevistas de los que nos servimos para elaborar las reflexiones anteriores.

Yo había conservado una muy buena relación personal y política, porque personal con el Negro... no existe. Santucho no era un tipo que se pusiera a hablar demasiado de su vida.

Pregunta: ¿No había una relación afectiva posible?

R: No, era afectuosa la relación, no era sin afecto. Era una relación afectuosa, pero basada en hablar de política. Y había confianza entre nosotros y le interesaba mi opinión. (Varón, PRT-ERP)

No conozco ninguna versión de nadie, ninguna, ningún relato de nadie a quien no hay unido el afecto a toda esta gente que colaboró con nosotros, y con los cuales nosotros trabajamos -y me refiero a la periferia y me refiero a obreros y me refiero a compañeros. (Mujer, PRT-ERP).

No decimos con esto que las mujeres eran capaces vivir las dimensiones afectivas de la militancia y los varones no, sino que ambos se han hecho cargo de la visión socializada de cómo debían comportarse, y ello se exhibe en los testimonios del presente.

Asimismo, solemos preguntarnos por los dolores, dudas, inquietudes de las mujeres cuando acataban las decisiones de sus organizaciones, pero no en el caso de los varones. Ciertamente, en los relatos de las mujeres ello emerge más espontáneamente. Sin embargo, en algunos casos los varones también reflexionan sobre los planos “privados” de la vida durante la militancia.

En la práctica se daba que uno rompía con todas las relaciones preestablecidas, con la familia, sólo lo más cercana. Se perdían la relación con los amigos por el tema de la clandestinidad. Evitar que el enemigo llegara a uno a través de ellos. Y se empezaba a conformar de alguna manera, un gheto. Si te ponés a mirar la historia de nuestras parejas, se daba adentro de las mismas organizaciones, porque mientras estaba en la clandestinidad no era posible ir a una confitería, a un baile, y no es casualidad que de esas parejas, muy pocas perduraron posteriormente, en realidad se conformaban dentro de un micro clima que en ese momento era coincidente, pero posteriormente la vida nos llevó a otras experiencias. [...] De todas maneras también siguió teniendo mucha influencia el machismo adentro, digamos... había una resistencia pero el buen militante no podía dejar de hacer todas las cosas de la casa, cosa que no era el espejo de nuestros padres y mucho menos de los abuelos. Eso también se daba en el marco de la clandestinidad. Y cuando no era en la clandestinidad, era sospechoso. (Varón, PRT-ERP)

Por eso creo que cuando salimos de la cárcel después de la dictadura, lo primero fue recomponer las relaciones con los familiares, los amigos, volver a las raíces, los núcleos primarios. Yo me siento por primera vez que tengo un lugar de arraigo en Rosario, porque no lo pude sentir antes. Yo me voy bastante joven de mis orígenes y no vuelvo. (Varón, PRT-ERP)

Restan algunos interrogantes que nos hicimos, pero que en las entrevistas han sido evitados o negados. La pregunta por qué a la vez que se mantiene la naturalización del vínculo madre-hijo, no habría habido consideraciones especiales para las mujeres con niños pequeños; o qué tipo de vínculos trazaron estas mujeres con las estructuras de sujeción: familia y partido. Muchas veces, los traslados en el país o fuera de él han operado positivamente a favor del corrimiento de ambas estructuras de contención. Por ejemplo, la salida de la región de origen y la independencia adquirida respecto a la familia parecieran haber aflojado también los vínculos con la otra estructura de contención que era el partido, y el desplazamiento, aunque sea momentáneo, hacia otra organización.

Calificaciones sobre la militancia de mujeres

Lo planteado antes conduce, casi inevitablemente, al supuesto⁴ según el cual las organizaciones de la izquierda revolucionaria tenían entre sus objetivos la construcción de una nueva sociedad y que militaban en pos de eliminar las desigualdades, por lo tanto se *esperaba* que ocurriese lo mismo con las desiguales relaciones de género.

En el caso específico de nuestro país, sabemos que la renovación del feminismo de los años '60 no ha calado profundamente: según señaló Marcela Nari (1996), los cambios en las vidas de las mujeres en Argentina desde los años cuarenta, con la ampliación de la ciudadanía, el mayor acceso a estudios superiores y al trabajo asalariado y/o remunerado, con el impacto que esto provocara en las relaciones de género, no condujeron a las mujeres al feminismo. Más aun, "lo negaron, rechazaron o simplemente lo desconocieron. La radicalización política, la conflictividad social, ocultaban u ofrecían otras salidas" (Nari, 1996:15). De hecho, ninguna de nuestras entrevistadas adscribió a ese espacio de participación política como posible; de todos modos, son varios los problemas vinculados que podemos destacar de sus testimonios. Lo anterior no parece exclusivo de la región o el país, puesto que investigaciones para

⁴ Es honesto asumir que el carácter de *supuesto* es adjudicado por el sujeto que conoce, y a partir los años '90 del siglo XX.

otras realidades⁵, indican que a las mujeres militantes no les interesaban las cuestiones específicas relacionadas con la condición de mujer, ni mucho menos consideraban sus implicancias en el cambio social.

Es decir, sin dejar de tener en cuenta el contexto de desarrollo local de estas experiencias, nos preguntamos por qué si el Mayo francés, la derrota del imperialismo en Vietnam y la internacionalización de la cultura (para mencionar sólo algunos fenómenos de índole diversa que han dejado sus huellas en aquellos y aquellas que ingresaban a la vida pública y política en los años sesenta y setenta), el muy significativo desarrollo del feminismo radical de los años setenta no ha tenido eco en las experiencias de los sujetos de cambio en nuestro país. De hecho, muchas mujeres que pasaron por la experiencia del exilio, se encontraron con “la cuestión del feminismo” en los países receptores. Sin embargo, en los casos aquí implicados, ninguna de ellas lo incorporó. Y hoy sostienen sus críticas ante esa pregunta.

Mirá, en Estados Unidos el movimiento feminista arrasó⁶. Entonces se sorprenden cuando nosotros nos sorprendemos. Entonces yo les explico que en ese momento se estaba luchando... o sea que todo el mundo pasaba por lo mismo: los niños y las niñas, los abuelos y las abuelas, los hombres y las mujeres tenían hambre. Pero en ese momento ¿a qué nos dedicábamos? Los hombres tenían las mismas necesidades que las mujeres. Hasta no saldar, hasta no cubrir una necesidad básica, no te vas a la otra, no tratás de cubrir la otra. (Mujer, militante del PRT-ERP)

“Yo tuve siempre una visión bastante particular al respecto, entonces, si bien participaba de los movimientos que encabezaban compañeras, con una postura marcadamente feminista, a mi me parece que los movimientos feministas, llegan a un determinado punto en que se vuelven reaccionarios. La sociedad se divide en clases, no se divide en géneros. Yo no tengo los mismos problemas que tiene Amalita Fortabat, y no me quiero igualar a ella, yo no tengo nada que ver con ella; como no tengo nada que ver con la mina que me torturó, ni con la que era mi guardia cárcel. No quiero ser parecida a ella, ni igual, ni... es una hija de puta, está del otro bando. Si vos peleás a partir del género, yo tendría que pelear por ellas también, al lado de ellas. Yo al lado de ellas no estaré jamás en la vida; pero sí del tipo que vive acá al lado, un laborante como yo... es un varón.” (Mujer, PRT)

⁵ da Rcha Lima, 1993. Del mismo modo que emerge en muchos de los testimonios recabados por nosotros, en ese trabajo se concluye que para las militantes el feminismo se veía simplemente como una desviación en la lucha de clases.

⁶ En realidad, la situación a la que se refiere la testimoniante se corresponde más con el desarrollo del feminismo en los años ochenta del siglo XX.

Este relato trae al plano de la experiencia aquellas discusiones teóricas en torno a las articulaciones entre clase y género. La crudeza del testimonio tiene dos dimensiones, una es de clase y la otra de género; declarar no tener nada que ver con quien la torturó, se presenta en el relato atravesando la *clase* con una perspectiva ideológica, y en el mismo sentido la acerca al varón con quien sí se identifica (en términos ideológicos y de clase). Pero también prima la cuestión de clase sobre género para diferenciarse de otra mujer (Fortabat).

Si bien en este testimonio la discusión sobre género y clase surge con gran evidencia, en un repaso por todas las consideraciones de las mujeres militantes de la guerrilla regional sobre el tema, hallamos que se pronuncian en el mismo sentido: la preocupación por las desigualdades de género transita más por la identidad clasista que feminista. Ello no nos impide incorporar la dimensión de género, ni ocluye el análisis de cómo las mujeres sentían la diferencia durante los años de militancia, o cómo lo reelaboran en el presente del relato.

En las páginas iniciales sostuvimos que daríamos centralidad a los análisis que articulan las nociones de clase y género, considerando que esos enfoques conducen a una comprensión mejor de procesos y fenómenos sociales. Y seguimos considerando que esto es operativo, siempre que ese instrumental no ciegue la lectura de las formas particulares que esos fenómenos sociales adquirieron en el proceso histórico que nos ocupa.

Visiones socializadas de cómo debía ser un militante

En la mayoría de los testimonios, subyace una visión socializada de cómo debían comportarse las mujeres, en la vida militante en general y también en los espacios de dirección. Uno de los supuestos es que debían ser más comprensivas: las presiones y el compromiso que implica la mayor responsabilidad no debía obliterar la sensibilidad atribuida al género. Y esto era más notable ante la maternidad, tópico que surge en los relatos de militantes que cuestionan a sus responsables mujeres por no comprender las necesidades de las mujeres con hijos (mientras que esto no es criticado en los varones con el mismo impulso). Por eso es importante destacar que la experiencia de la maternidad durante la militancia ha dejado huellas profundas en las mujeres, y eso permite diferenciar los relatos de aquellas que han sido madres y las que no. La maternidad es uno de los temas de preocupación en los testimonios, no así la paternidad. Por ello pueden diferenciarse muy claramente en los relatos, las

experiencias de las mujeres que fueron madres mientras militaban. En el primer caso, la sensación de discriminación de género es manifiesta y explícita.

Veamos cómo recuerda una de ellas su paso por los frentes legal y militar considerando que además estaba sola a cargo de su hijo, puesto que su marido estaba preso desde septiembre de 1973. Ante la pregunta de cómo fue ser mujer militante y madre se hizo un largo silencio.

Y, era jodido, porque te imaginás que yo, por ejemplo en Buenos Aires tenía que laburar, nunca viví del partido, no se si por orgullo o que pero te puedo asegurar que nunca viví del partido. Yo empecé a laburar y vivía en la casa de unos compañeros y a mi hijo lo tenía que llevar a un bar, me lo recibían otros compañeros y yo cuando salía de trabajar... yo a mi hijo prácticamente lo veía el fin de semana.

P: ¿Cómo era militar siendo madre?

R: Uy, era terrible. Pero era muy lindo. M., pobre hija mía me acompañó a todas, a todas. Nunca me cercenó, digamos... nada.

P: ¿Fue un esfuerzo extra?

R: Y... sí. En vez de ir a laburar, yo iba a militar; así como las minas laburantes que tienen el problema del laburo, la casa, los hijos, la mujer que militaba, también. [...] Después, afuera sí fue duro, porque trabajaba y militaba... era completita la historia. (Mujer, PRT)

Aquellas que no tuvieron hijos durante su vida militante, asumen otra perspectiva:

Puedo decir que desde que me empecé a involucrar con grupos políticos y demás, era como que siempre sentí una protección. [...] Y había cuidados de los compañeros hacia la compañera militante, había respeto, protección, pero... no te puedo explicar el tipo de protección que era. [...] Yo creo que más que protección es el cuidado hacia el otro, ¿no? El respeto de cuando uno hablaba, escucharte. Y creo que muchas veces se le pedía la opinión a la mujer, porque se tenía otra mirada frente al mismo hecho, y a muchos compañeros los he visto con cara de 'Mirá vos, como piensa'; esa sorpresa. No sé, a lo mejor al machismo lo tendría oculto y en ese momento le saldría así: "Mirá vos, como piensa", como diciendo... (Mujer, FAR)

Mi experiencia es que es un partido en el que hubo mucho cuidado por parte de los compañeros de dirección... hubo, hubo afectos, hubo comprensión... mi experiencia, yo sé que por ahí hay gente que lo vivió de otra manera; yo para mí, el partido fue mi casa... un lugar, digamos, donde... donde se vivió dolor, alegría, donde corrimos riesgos, donde nos protegimos unos a otros [...] Era nuestra casa, el partido era nuestra casa, para mí era mi casa, era mi familia, era mi estructura... vital, social y política, era todo el partido; además esto era un partido en el que había... mi experiencia es que es un partido en el que hubo mucho cuidado por parte de los compañeros de dirección... hubo, hubo afectos, hubo comprensión... (Mujer, PRT-ERP)

La noción sobre el “cuidado”, aparece con contenidos variados en los testimonios (de mujeres y varones), y asume un sentido diverso según el marco general del relato. Ya sea en narraciones como la anterior, donde es difícil poner nombre a esa protección, y dónde se cuida de no acercarla a una consideración de “fragilidad” de las mujeres, ya sea en las menciones sobre el paso a la clandestinidad, también fue vivido como “cuidado” por parte de la organización de pertenencia. Pero sea cuales fuesen los motivos de la protección, y pese a la insistencia en que “nos cuidábamos entre todos”, la mayoría de las veces son las mujeres las receptoras de tal atención. Aclaremos que esa visión socializada acerca de cómo debían comportarse y la insistencia en el cuidado, es una preocupación que sólo se dirige hacia las mujeres y por lo tanto emerge únicamente en sus testimonios. Una explicación inicial para esto puede ser que el estado embrionario de los trabajos sobre las dimensiones subjetivas y cotidianas de la vida militante, no ha dado lugar aún a la pregunta por lo afectivo en los testimonios de varones y tal vez, parte de la responsabilidad resida en quienes investigamos, al no incorporar los sentimientos en las entrevistas a varones⁷.

Las dificultades para nombrar las diferencias de trato hacia mujeres también las tienen los testimoniados varones:

Se las respetaba porque generalmente son compañeras activas, viste, no había inactivas, que eran amas de casa, que después de tomar mate venía, no: en general eran compañeras militantes activas. Entonces no había qué discutir. Aparte cuando se estaba haciendo algo en conjunto, ahí es dónde se ve por ahí el machismo, por ejemplo cuando vos vas a una acción y vos a lo mejor no lo

⁷ En mi investigación me acerco a las mujeres militantes con una serie de interrogantes que no hago a los varones. Por ejemplo, nunca les pregunte “las dificultades de militar siendo varón”. En ese sentido, es también nuestra responsabilidad provocar que surja esa dimensión en los testimonios.

agarrás de la mano al compañero, la agarrás de la mano a la compañera, porque a lo mejor vos creés que físicamente no puede correr como corrés vos. Entonces ahí es dónde vos ves un poquito de debilidad, viste, ¿entendés? Yo creo que por ahí las compañeras, vos la agarrabas de la mano y decías “bueno, vamos” y decía ‘no, soltame que yo puedo sola’, viste, esas cosas, pero es secundario eso, me parece a mí que era secundario. (Varón PRT-ERP)

Pero, en nosotros no había ese problema. Y había una ¿cómo te podría decir? un compañerismo real ¿no? las compañeras eran muy respetadas. Hemos tenido casos así de relacionamiento, pero así y todo eran relaciones respetuosas, digamos, había mucho respeto. Yo creo que no había ninguna diferencia, por lo menos... (Varón, PRT-ERP)

Sostenemos que es necesario diferenciar las políticas oficiales de los partidos y el modo en que estos preceptos eran vividos e implementados por los militantes. Aun así se pueden hallar puntos de encuentro entre ambas esferas (lo que también indicaría la existencia de diálogos entre estructura y militancia).

En muchos casos los testimonios nos dicen que era lo mismo incorporar a la organización a un varón que a una mujer y que no había políticas ni prácticas diferentes al respecto, lo que indica que no existió, al menos en los inicios del PRT-ERP, una preocupación por el tema. De hecho, a fines de los años sesenta en nuestra región el PRT tenía una importante militancia en fábricas, pero allí no se logró incorporar mujeres. El caso más paradigmático es el del frigorífico Swift ubicado en una localidad del Gran Rosario, donde había mayoría de obreras mujeres, pero sólo se incorporaron varones al PRT.

Esto también debe ser leído en la clave de la impronta que dio a esta organización la cuestión del *obrerismo*. Esta idea, que indicaba se priorizaría la clase obrera como eje del trabajo, regó buena parte de las prácticas del PRT. Pero además, implicó en el plano de la sociabilidad una consideración modélica de cómo debía ser un militante. Al respecto, indica Pablo Pozzi que “una de las trabas del desarrollo de la mujer en el PRT-ERP era su orientación obrerista. [...] El obrero argentino comparte la mayoría de los prejuicios sobre el género femenino y en particular muestra una resistencia a la participación política de sus esposas, hijas o novias”. (Pozzi, 22001: 245)

Es decir, en los documentos se planteaba la incorporación de las mujeres, pero en la práctica se mantenía cierta distancia. Aún así, y como hemos mencionado en otras oportunidades (Pasquali, 2005), la fuerza con que se imprimió la militancia hacia las mujeres, también dependió de los desarrollos regionales.

¿Una cuestión cuantitativa?

Algunos testimonios indican que el ingreso masivo de las mujeres en la política en los años setenta, oxigenó la militancia. Sin dudas, una de las primeras consideraciones que se hacen al momento de evaluar la participación de las mujeres en estas organizaciones, es sobre el carácter cuantitativo de la misma. Al respecto, debemos diferenciar a las grandes organizaciones de los pequeños grupos que operaron en espacios más acotados. Sobre éstos últimos, las experiencias sobre las que investigamos muestran realidades diversas. En algunos de los grupos, sólo hubo una mujer militando activamente, si bien otras participaban de algunas reuniones y de hecho colaboraban con la logística de las acciones. En cambio otros comandos estaban formados por el mismo número de varones que de mujeres. En uno de estos casos, de las acciones que realizaron, un buen número de ellas estuvieron dirigidas por mujeres y en esos casos, los testimoniantes destacan la importancia otorgada a la seguridad de las operaciones.

Pensamos que la constante cuantitativa no sólo importa en tanto número, sino que nos puede proporcionar una idea acerca de cual puede haber sido la impronta de las mujeres en las orientaciones políticas de estos grupos, sólo es en ese sentido que se destaca la cantidad como variable de análisis. Consideramos que la participación de las mujeres en la guerrilla del gran Rosario fue altamente significativa, ahora bien, una cosa es la participación y otra el carácter cualitativo de la misma. Es decir, la importancia de la militancia de mujeres no implicó que se desarrollaran relaciones de género siempre horizontales ni debates en torno al carácter opresivo de esas relaciones. Sin embargo, el activismo de base, cotidiano, en contacto con la gente ha sido sostenido por varones y mujeres en espacios de trabajo y militancia en los cuales según indican los testimonios de quienes activaron en la región, fue más frecuente la horizontalidad.

Ahora bien, la presencia cuantitativa de las mujeres en las organizaciones armadas puede ser periodizada, y de hecho existe algún consenso sobre que su incremento se produjo ya entrados los años setenta. En las primeras expresiones de lucha armada, hubo participación de mujeres: en un caso, la proporción respecto a los varones era igual, en otros sólo era un porcentaje menor o no había mujeres. Los porcentajes en sí dicen poco, especialmente porque en los relatos sobre las discusiones, las acciones, los fracasos, surgen muchos más nombres y referencias a mujeres de aquellos que aparecen cuando preguntamos “¿Cuántos militantes eran varones y cuantos mujeres?”. Se nos presenta un dilema al decidir cómo considerar a esas mujeres. ¿Es posible

afirmar que en 1968 un comando de 6 personas tenía *simpatizantes, grupos de apoyo?*; ¿de que modo consideramos a una mujer en cuya casa se reúne grupo para discutir, se guardan armas y luego proporciona el auto para realizar una acción?, ¿sólo quienes participaron *directamente* de una acción armada son los *miembros-militantes?*; ¿y si esas mujeres aun hoy son compañeras de los varones militantes e intervienen en la entrevista aportando datos, dudas, reflexiones?. Estos interrogantes surgen luego de varias escuchas y lecturas de las entrevistas. Y nos desafía a subvertir el orden del recuerdo de los militantes, a alternar sus consideraciones con las nuestras y poder decir, por ejemplo en este caso, que las mujeres participaron de esos procesos, la mayoría de las veces en un horizonte de subalternidad, en general considerando ellas mismas que no participaban. Una militante de FAR nos dijo:

Cuando estaba la democracia [desde 1973] el activismo se hacía más abiertamente, entonces todo el mundo lo decía. No es que antes no había, sino que no se decía.

Por supuesto que la pregunta por las condiciones para considerar a alguien *militante* no es una pregunta *para* mujeres, pero sí en estos casos coincide que ese carácter ambiguo de la militancia es adscrito en los testimonios a las mujeres.

Varios entrevistados insisten en que el protagonismo de los varones fue sólo a nivel de la más alta dirigencia y que las responsabilidades de las regionales estaban compartidas. Vemos así que las variables cuantitativas y cualitativas son difíciles de escindir, puesto que la presión del número suele lograr cambios en el otro aspecto. Es probable que el incremento del número de mujeres militantes haya abierto el camino hacia un espacio mayor en la dirigencia.

Sobre esto, numerosos testimonios nos hablan que la participación de las mujeres se logró por la propia presión, que ni varones ni partido *otorgaron* esos espacios. Un militante de la Juventud Guevarista aclara que la discriminación existía, y que las mujeres daban una pelea por rechazarlo, que presionaban para ser consideradas. Y en ese plano, prioriza la práctica militante:

Yo por ahí me ponía a pensar, veía compañeras, maestras así, que eran Sargentos del Ejército y, bueno [...] Yo veía las compañeras, se la ganaban, si discutían era porque se lo ganaron y los compañeros se tenían que callar porque algunos compañeros que por ahí se la daban de machistas hacían menos de lo que hacían las compañeras. (Varón, PRT-ERP)

“Yo me formé con muchas mujeres, no tengo esa visión tan machista dentro del partido porque en la zona de la Plata, la responsable política, era [una mujer], que también era de Rosario, y la responsable militar era la negra Celia. Y la primer acción mas o menos de cierta envergadura en que participé, la jefa de la acción era Celia, y la otra que participó era mujer; yo era campana y ahí llevaban la voz cantante las mujeres. Nunca sentí ningún acomplejamiento ni nada. Pero sí, esto que vos me preguntabas un poco debe tener que ver, que en general había más protagonismo de los hombres, pero no tanto. Yo te diría que eso fue más a nivel de la dirección nacional, y no por los dirigentes nacionales, no sabría explicarte bien por qué, en las regionales vos solías encontrarte con mujeres que tenían responsabilidad. (Varón, PRT-ERP)

Muchos militantes aceptan que la preocupación por las particularidades del activismo de mujeres y el de varones no era tal en los años sesenta y setenta y asumen que esa reflexión pueden hacerla desde el presente. En aquel momento, no se pensaba en eso. En algunos casos se asume como equivocación, en otros se plantea que “un combatiente es un combatiente no importa del sexo que sea”.

En un sentido, estas afirmaciones merecen ser consideradas puesto que forman parte de los testimonios, pero también porque esa tendencia indica otros registros sobre el problema y evidencia que la preocupación existió; en las esferas más prácticas de la vida militante los conflictos surgían y no siempre eran “resueltos” con los documentos o la verticalidad partidaria. El hecho de que no hayan sido considerados en el marco del feminismo, no ocluye su existencia.

P.: ¿Tenían algunas estrategias para la incorporación de mujeres?

R.: “No, no, no. Para nosotros de feminismo, nada. Para nosotros incorporar a una compañera mujer era lo mismo que incorporar a un compañero hombre. Y las políticas para incorporar a las mujeres eran las mismas. Lo que pasa es que mujeres, incorporábamos siempre estudiantes. Nunca pudimos entrar, por lo menos acá en Rosario y en la época que yo estuve (o en otros lugares que yo milité) en gremios obreros con mujeres. Por ejemplo, estuve ahí en la carne un año y medio donde el ochenta por ciento del personal son mujeres y todo el turno de la mañana son casi todas mujeres. Y no pude llegar.

P: ¿Por qué creés que ocurrió eso?

R.: Y, porque no teníamos una política específica para las mujeres. Justamente por eso. Eso lo veo ahora. (Varón, PRT-ERP)

Sorprende de este relato que semejante superioridad numérica no pudiese sobrepasar la invisibilización sobre las mujeres. De todos modos, este no es el único caso: en infinidad de testimonios (y nos referimos a todos los relevados, no solo los recogidos por nosotros) las mujeres aparecen como “las chicas” o bien “la compañera de”. En algunos casos, por ejemplo, cuando se menciona a los militantes varones, las mujeres están por añadidura. En otros, ante la solicitud de entrevistar a varones, obtuvimos respuestas tales como “le dije también a mi compañera. Ella no era militante, pero es mi disco rígido, mi cable a tierra”.

Bueno, ahí en ese momento éramos pocos, nos conocíamos todos. Entonces, te digo, en ese momento los más activos eran el “Tordo”, “Cacho”, Emilio, P., el “Pelado”, Luis Pujals, bueno, algunas compañeras, las compañeras ¿no? estaban bueno Ana María Sívorí, que era la compañera del “Pelado”, la compañera del “Flaco” Pujals, que era Susana Gaggero, una gran compañera, muy, muy, un nivel muy alto de, muy preparada, así digamos ¿no? muy buena compañera. Estaba la compañera del “Tordito”, que era Liliana, que después se casó con el abogado F., está viva. (Varón, PRT-ERP)

Había un grupo de chicas que eran de... Te digo por... cómo vos estás orientando hacia las mujeres... había un grupo de chicas que eran cuatro chicas, este, que eran de, de la agrupación de Psicología o de Filosofía, eran de Filosofía... Había... Una de ellas era compañera de un compañero que después tuvo mucha trayectoria, que yo ahora no me acuerdo el nombre... (Varón, PRT-ERP)

Las mujeres mencionadas son “la compañera de”, y sólo las que han tenido trascendencia posteriormente son recordadas con sus nombres. Vale considerar en el caso del primer fragmento, el testimonio se refiere a los primeros años de la militancia en la región, y por lo tanto esos primeros nombres han quedado más grabados en las memorias; además en ese momento no eran muchas las mujeres que militaban en el PRT-ERP.

P: O sea que en las discusiones, las voces de las mujeres estaban presentes.

R: Sí, sí. En la militancia [enfatisa]. Porque yo creo que donde más costaba era dentro de los claustros de la universidad; el docente, por ejemplo, era mucho más rígido con las mujeres que con los varones. Era como que para ser mujer tenías que decir una genialidad porque si no ya está, ¡te tenías que ir a tu casa a cocinar, más o menos!. Por eso a lo mejor uno veía la diferencia. (Mujer, FAR)

Las relaciones de género al interior de la guerrilla marxista en la región

Aquello que caracterizamos antes como el “punto de vista de la mujer”, o la narración desde el propio género, es especialmente operativo cuando indagamos acerca de cómo eran vistas las relaciones de género al interior de las organizaciones, el sentimiento (o no) de diferencias en el acceso a responsabilidades y cargos, la maternidad o los frentes a los que se las destinaba.

En este recorrido, encontramos tanto la apropiación por parte de las mujeres del discurso tradicional sobre ellas como militantes, como el aporte de perspectivas que desde el género y la experiencia, complejizan la historia que tratamos de construir.

P.: Viéndote ahora, puedo hacer una proyección de lo que eras en los años setenta: una mujer hermosa, inquieta, díscola... No parecerías el modelo de militante del PRT.

R.: Lo que pasa es que ese es un prejuicio, porque yo era buena militante aunque yo era mas o menos atractiva... yo era buena militante igual, lo que pasa es que ahí está el problema en que la gente piensa que uno no es el perfecto modelo de militante, pero yo era buena. Y en ese momento que uno ya sabía que no debía andar boludeando, que uno no debía andar... era esa la disciplina y los conceptos partidarios, y yo lo cumplía [...] Uno se adaptaba, yo me adapté”. (Mujer, PRT-ERP)

De todas maneras peleaba desde dos puntas. Y eso... no digo que las mujeres no sufrimos discriminación, no, no, para nada, y me ha tocado un tocazo de veces pelear mi derecho al trabajo, a la militancia, a ocupar cargos. Pero, ¿que era lo que pasaba, por ejemplo?. Los cargos de las mujeres, miles de veces me ofrecieron la comisión de mujeres, secretaría de la mujer... yo decía, si yo tengo que ocupar un cargo no porque tengo ... es porque me la banco, o porque sé, o porque puedo... o que me lo merezco. Es decir, ese solo hecho ya es

discriminativo. 'Necesitamos una mujer en el frente de...' carajo!, eso se vio muchísimo. Fue una lucha bastante dura, más allá de los movimientos de mujeres que se generan a partir de trabajos barriales, por ejemplo, que por ahí son muy fructíferos, muy, muy fructíferos. Y compañeras han hecho trabajos espectaculares, dentro de la marginación, la marginación de género. Fue muy duro, porque aparte, había todo un discurso que los compañeros no lo cumplían".
(Mujer, PRT)

No, nosotros no distinguíamos una cuestión de sexo. En ese momento no es como ahora, viste, que está planteada la cuestión. En ese momento era natural, digamos, era natural. [...] Casi todas las compañeras hacían la misma experiencia que hacían los compañeros. La diferencia la hacían ellos, el enemigo. Entonces nosotros sí teníamos que tener en cuenta eso porque, por ejemplo nos había pasado que en Buenos Aires fueron dos compañeras a desarmar a un soldado y el soldado se rechifló porque eran dos mujeres, entonces nosotros dijimos que eso era un error. Porque, bueno, ahí se armó..., el soldado murió porque las compañeras... el tipo se rechifló y, bueno, y era la vida de ellas o de él, entonces las compañeras tuvieron que tirar. Y quedaron mal las compañeras. Entonces ahí se analizó esa situación y después tratábamos de mechar porque los tipos eran machistas. Después se fueron avivando algunas cosas, se fueron dando cuenta que detrás de una 45 es lo mismo un hombre que una mujer ¿verdad? (Varón, PRT-ERP)

La noción de que no había diferencias se sustenta en que las mujeres hacían lo mismo que los varones; también encontramos ese supuesto acerca de la participación en las acciones militares o la consideración de que determinada mujer era una excelente combatiente. En su investigación sobre la participación de mujeres en la Guerra Civil Española, Mary Nash (2006 [1999]), no sin sorpresa, dice que aquellas mujeres estaban de acuerdo con el rol en la retaguardia que se les había asignado, única esfera social en la que debían intervenir las mujeres. Aunque estaban armadas, no se las animaba a tomar las armas como soldados. No creemos conveniente hacer consideraciones de tipo comparativas entre procesos de muy diferente tipo como la guerrilla de las décadas de los sesenta y setenta latinoamericana y los intentos revolucionarios europeos de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, queremos destacar cierto horizonte de coincidencias, especialmente porque de modo similar a la militancia de las guerrilleras en los frentes legales, las milicianas españolas solían estar

en actividades complementarias y espacios de apoyo a la lucha antifascista. Pensamos que, con cierta independencia del período al que dediquemos nuestros esfuerzos, es necesario establecer líneas investigativas de más larga duración y de mayor alcance espacial, a fin de establecer algunos indicadores más generales sobre las relaciones de género entre quienes sostenían proyectos revolucionarios y que hay de común y singular entre las mujeres revolucionarias. Ello permitiría, además, superar lo compartimentado de los estudios sobre mujeres y género.

Del amplio abanico de temas que surgen en los testimonios contruidos a partir de entrevistas a mujeres, en este caso elegimos destacar aquellos que nos hablan de las experiencias de las mujeres como militantes, sus elecciones, sus dudas, sus desobediencias.

En las organizaciones armadas, la actitud hacia las mujeres cambió solo por la presión del ingreso de las mismas, y aun así a la dirigencia le costaba admitir que eso era valioso por sí mismo y se insistía en la cuestión familiar. Al interior del PRT-ERP, un grupo de mujeres militantes presionó para que se avanzara en el tema y se formó el Frente de Mujeres. “La realidad era que el PRT-ERP no tenía ni idea de cómo encarar el tema y, sobre todo, de cómo convencer a las distintas regionales de que esta orientación debía ser aplicada con la misma fuerza que cualquier otra” (Pozzi, 2001:243). Sólo en un testimonio surgió espontáneamente el tema de la militancia de mujeres y las actitudes del partido y los compañeros varones hacia ellas.

P: En otro momento hablaste del Frente de Mujeres

R: Se comenzó. El frente de mujeres. Bueno, es decir... hay cuestiones personales que hacen que yo vuelva a Resistencia [después del '73]. Quedo embarazada, me voy a vivir a Resistencia para estar cerca de mi pareja. El vivía allá y yo vivía acá. Bueno, allá intento seguir con mi postura de militancia y demás y me encuentro bastante sola. Y se da un grupo de compañeras, varias, que funcionaban todavía como PRT a organizar el primer frente de mujeres, por lo menos lo que era el Chaco y todo el nordeste. Y bueno, me integro ahí y fue una tarea ardua que no arribó a muchas cuestiones. Rápidamente comienza la represión y no había espacio como para desarrollarlo y yo aparte caigo presa, así que... yo caí en el '75.

P: O sea que estuviste un año y pico trabajando en ese frente... ¿cómo recordás la posición del partido?

R: Mirá... era una postura... yo siempre digo que en la teoría espectacular. En la teoría espectacular... la compañera combatiente, la compañera con las mismas

cualidades y calidades que los varones, había promociones dentro del partido como del ERP de compañeras de contar con responsabilidades. Pero yo siempre los cargaba a los compañeros que decían: 'la compañera, si, bla, bla pero no la mía. Esta bien acá, cuidando los hijos, me acompaña en la militancia'. Entonces jera complicado! Era complicada la relación de pareja... era complicado. Porque si vos lees documentos de aquella época al respecto, eran avanzados, ¿no? En donde el rol de la mujer se veía, era reflejado, maravilloso todo. Pero en la práctica era muy distinto.

P: ¿Las mujeres presionaban para participar?

R: Si, si.

P: ¿Lograron cosas?

R: Si, si. Pero eran internas, digamos. No eran cosas que de repente salían, eran... Aparte, vos pensá que en ese momento se funcionaba en células, no había conexiones importantes en la base, nos conocíamos de muchas formas, pero... la cuestión de género, a finales del '73, principios del '74, la organización de mujeres, ahí empezamos a conectarnos más; pero el funcionamiento en células, la clandestinidad, eran peleas parciales que teníamos en ese momento, en el partido. (Mujer, PRT)

La mirada crítica hacia la organización que indica cuan marginal era el tema de las mujeres para el PRT, no se contradice con un testimonio anterior, aunque ambas lo evalúan de forma muy diferente. Es decir, mientras para una el tema de las mujeres no fue tratado con seriedad, otra sostiene que se han hecho cosas para lograr la igualdad.

P: ¿Militaban mujeres junto con vos?

R: sí, sí.

P: ¿Cómo era la relación? ¿Hubo aumento en la participación de las mujeres...?

R: Mirá, no se con quién habrás hablado... en el marxismo leninismo lo que se plantea es el hombre nuevo. El hombre nuevo implicaba la igualdad entre los hombres y las mujeres... eso lleva mucho más tiempo y más palabras, pero mi experiencia es que no se logró esa mentada igualdad, pero que se hicieron enormes esfuerzos para que los compañeros tuvieran las tareas de las mujeres y las mujeres las de los varones [risas]. Hubo una compenetración por parte de ellos en la vida cotidiana, nuestros, en la vida militar. De manera de compensar lo que teníamos de machista. Entonces el intento era que todos hiciéramos todo. Y

eso, ese gran esfuerzo de cambiar las cosas desde la vida cotidiana nuestra hizo que cayera mucha gente, porque los vecinos veían gente de actitudes sospechosas: “Oh!, ahí va ese muchacho que no trabaja al supermercado y se queda con los chicos y la chica o la madre por ahí”. Esa es la prueba de que realmente estábamos trabajando las cosas de otra manera. Está bien, eso nos delató, pero era prueba del intento. Y fue un error. (Mujer, PRT-ERP)

De lo anterior podríamos intuir que la militante hace una lectura precisamente de lo cotidiano del asunto, pero sin indagar en la profundidad del tema, que no se trata meramente de igualar en las tareas domésticas a varones y mujeres. Lo que se destaca en este fragmento, como en otros momentos de las entrevistas, es que asume un lugar de árbitro entre su pasado como militante y compañera y las propias directivas del partido. Logra que en ese dictamen la única valoración negativa esté asociada al objetivo de lograr la igualdad más exacta.

Hacia una síntesis

Incluir la dimensión de los sentimientos en las investigaciones sobre militancia política, como dijimos antes, nos obliga a considerar esa variable en las entrevistas a mujeres y varones. No solamente porque los varones también tenían miedos o sentían dolor por la muerte de los compañeros, sino porque no pensamos que lo afectivo tenga valor epistémico sólo en el caso de las voces de mujeres (aunque aquí sí la perspectiva del punto de vista permite enfatizar esa arista en los testimonios de aquellas). Sino además, porque el género, en tanto categoría relacional nos obliga a indagar el modo en que sus condicionantes se han puesto en juego en las formas de sociabilidad de la militancia. Y si bien esto es operativo para el estudio del activismo político en general, el carácter con que la clandestinidad de las organizaciones armadas impregnaba a las relaciones humanas, tal vez vuelva más necesario un abordaje que involucre los aspectos emocionales.

Uno de los atributos que tiene trabajar con fuentes orales es que los relatos se despliegan en torno a la experiencia, que a su vez se refiere al proceso en el cual se construye la subjetividad, de ahí el interés en la narración como soporte de las identidades y las memorias de los testimoniados *en el momento en que se produce la entrevista*. En principio, porque la historia oral realiza una distinción entre hechos y relatos (entre historia y memoria) y la virtud última de la memoria no es la *preservación* del pasado sino los cambios elaborados que revelan el esfuerzo de varones y mujeres

por darle un sentido al pasado y una forma a sus vidas, colocando a la entrevista y al relato en su contexto histórico: en ellas apelamos a esa dimensión de *acción*, incluso de *práctica* en las formas de relación con un pasado que se define en la dimensión de la memoria, como un pasado que sigue cuestionando, planteando preguntas, interviniendo sobre el presente.

BIBLIOGRAFÍA

Bock, Gisela (1991) "La historia de las mujeres y la historia del género. Aspectos de un debate internacional". En *Historia Social*, N° 9. Valencia: Universidad de Valencia, Instituto de Historia social.

da Rocha Lima, Valentina (1993) "Las mujeres en el exilio: volverse feminista", en: Aceves Lozano, Jorge (comp.), *Historia Oral*, México: UAM

Delphy, Christine (1985) *Por un feminismo materialista, el enemigo principal y otros textos*. Barcelona: La Sal

Fox Keller, Evelyn (1985) *Reflexiones sobre género y ciencia*, Valencia: Alfons el Magnánim.

Gabriela Cano y Verena Radkau (1989) "Libertad condicionada o tres maneras de ser mujer en tiempos de cambio (1920-1940)". En *Secuencia*, N° 13, México.

Harding, Sandra (1995) "Del problema de la mujer en la ciencia al problema de la ciencia en el feminismo". En: *Ciencia y Feminismo*. Barcelona: Ediciones Morata.

Hartmann, Heidi (1985) "El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo: hacia una unión más progresista". En: *Teoría y política*, N° 13/13.

Garrido, Hilda Beatriz (2003), "Historia de las Mujeres, Historia del Género en la Historiografía Argentina. IX Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia.

Longino, Helen (1998) "Sujetos, poder y conocimiento: descripción y prescripción en las filosofías feministas de la ciencia". En *Feminaria*, Año XI, N° 21

Nari, Marcela (1996) "'Abrir los ojos, abrir la cabeza': el feminismo en la Argentina de los años '70". En *Feminaria*, Año IX, N° 18/19.

Nash, Mary (2006 [1999]) *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid: Taurus.

Pasquali, Laura (2005) "Mujeres y militantes. Un acercamiento a las organizaciones armadas revolucionarias desde la historia oral". En *Zona Franca*, N° 14.

Portelli, Alessandro (1991) "Lo que hace diferente a la historia oral". En Schwarzstein, Dora (Comp) *La historia oral*. Buenos Aires: CEAL.

Pozzi, Pablo (2001) *Por las sendas argentinas, El PRT-ERP, la guerrilla marxista argentina*. Buenos Aires: EUDEBA

Scott, Joan (1990) "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En *Historia y género: mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnanim, 1990.

Stanley, Jo (2002) "Incluir los sentimientos: darse a conocer a uno mismo a través del testimonio político personal". En *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*. N° 18.

Young, Iris (1992), "Marxismo y feminismo, más allá del "matrimonio infeliz" (una crítica al sistema dual). En *Dossier Teoría marxista, práctica política y emancipación humana*. Año II, N° 4.